

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

VARIOS, Y DE DIVERSA ÍNDOLE, HAN SIDO LOS APÓSTOLES DE LA VERDAD: SANTO TOMÁS DE AQUINO

La verdad es el destino supremo del hombre.

Porque el destino supremo del hombre es Dios, que es la verdad misma.

Y lo es así en esta vida temporal, como en la vida eterna.

Aunque así no lo leyéramos en las sagradas páginas; aunque no viéramos consignado en ellas que el camino de la verdad es el «preferible»¹ a todos, al decir del Real Profeta, y que la misión del Hijo de Dios en este mundo fue «dar testimonio de la verdad»² siendo su «verdadera luz»³; aunque no nos enseñasen esas mismas sagradas páginas que la «vida eterna consiste en conocer al verdadero Dios»⁴; la sola razón natural, la historia y la experiencia propia bastarían para convencernos de semejante aserto.

Dotado de inteligencia y de razón, hállase el hombre íntimamente relacionado con la verdad a cuya posesión tiende espontáneamente con fuerte y dulce atracción; su espíritu es un espejo en el que se refleja el universo entero, y por una delicada e inefable manera encuentra en él nueva existencia, los seres todos que le corresponden.

El bruto, la planta, el mineral y todos los otros seres a él inferiores, o no se conocen de modo alguno, ni los demás seres, ni las relaciones que mutuamente les unen, o las conocen de una manera imperfecta.

Más el hombre comprende perfectamente sus relaciones con todas las demás criaturas, y la íntima naturaleza de muchas de ellas, identificándolas en cierto modo consigo mismo, y penetrando hasta el fondo de su ser. Que no sin razón ha venido a ser un axioma filosófico que *anima cognoscendo omnia*⁵.

Y en esto consiste precisamente la verdad, ecuación sublime entre el entendimiento y la cosa, según su definición corriente⁶.

¹ Viam veritales elegi.— Psalm. 118.

² Joann. Cap. 8.

³ Joann cap 1º.

⁴ Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum.— Joann. Cap. 17 vers. 3.

⁵ Aristóteles.— 3º de anima: Text. 37. Tom. 2º.

⁶ Adaequatio rei et intellectus.— 1ª Part Quaest. 16 art 2º.

Ecuación, cuyo ejercicio determina la principal acción del hombre, haciéndola feliz absolutamente cuando la verifique, allá en el cielo, y de la manera que es posible, acá en la tierra.

Y hasta tal punto constituye la posesión de la verdad la felicidad del hombre, que a ella se ordenan y de ella dependen todas las otras afecciones que en sí experimenta.

Cierto que muchas veces no es desgraciadamente la verdad, sino el error el que forma su posesión; pero aún entonces se hace la ilusión de que posee la verdad⁷ y solo a esta condición puede tener cabida el error en su mente.

¿No sorprenderá en vista de esto lo que la historia nos dice de aquellos antiguos sabios que, para serlo, hicieron largos y penosos viajes a los países en donde el cultivo de la verdad tenía más incremento?

A impulsos de ese deseo constante y siempre creciente en el hombre, atravesaron los griegos el mediterráneo, y aportaron a las playas de Egipto, floreciente por aquel tiempo en muchos de los ramos del saber, para aprender de ellos la verdad.

La fama que este último había adquirido de pueblo sabio, de tal manera les atrajo, que, despreciando peligros y superando dificultades, quisieron pasar a todo trance a ser instruidos en él en muchos ramos del saber humano.

Y los valientes guerreros del Tiber deponen su severidad marcial ante la culta Grecia, cuyos señores por las armas, son sus discípulos en las letras.

No sabemos que fuerza entraña la verdad para transformar y dominar al hombre, que hasta las razas más salvajes y bárbaras ceden a su influjo.

Y si un tiempo los hijos del norte dejaron sentir su brusco empuje sobre los pueblos meridionales de Europa, que, llenos de pavor y de sorpresa, les vieron salir de sus agrestes selvas, como devastador torrente que, roto el dique, inunda la campiña; dejaronse domeñar luego por el poderoso y eficaz influjo de la verdad, deponiendo su rusticidad y barbarie ante el símbolo augusto de la Cruz, que lo es de la verdad, y revistiéndose de la suavidad y dulzura de costumbres que solo ella sabe imprimir en los pueblos.

Y es que la verdad desempeñaba para con ellos, como siempre la ha venido desempeñando en mayor o menor escala, para la humanidad entera, sin exclusión de razas, su misión sublime y a la vez benéfica.

Por que existe y ha existido siempre el apostolado de la verdad.

⁷ Id. id. art. 3º ad 2º.

Ora son sus apóstoles, los Santos Patriarcas y Profetas del Pueblo escogido, en los tiempos que al Evangelio precedieron; ora lo son por esos mismos tiempos para los pueblos gentiles, los que en ellos fueron apellidados sabios y filósofos; ora los son por último, en los tiempos que al Evangelio siguen, los Santos Apóstoles, Padres y Doctores de la Iglesia, con todos los demás sabios distinguidos que la historia registra.

Siempre, en todas las regiones, en los pueblos todos, sin excepción de épocas ni de razas ha existido para ventura del hombre, el apostolado de la verdad.

Pasad revista a los tiempos: examinad la historia. Llamad ante vuestra presencia las generaciones todas que nos han precedido ¿por ventura no atestiguarán todas esta aserción?

Y sonarán en vuestros oídos los nombres ilustres de Moisés y de Esdras; de San Agustín y Jerónimo; de Tomás y Buenaventura; de Vitoria y de Suárez; de Balmes y Ráulica, que prescindiendo de otros muchos, marcan épocas notables en los anales del saber humano, en la historia de la verdad.

Más, todos ellos han ejercido el ministerio de la verdad de una manera parcial hasta cierto punto.

Apóstoles de la verdad fueron en cierto sentido los sabios paganos que hemos mencionado, pero apóstoles incompletos. La verdad brotó de sus labios y de sus plumas mezclados de muchos y graves errores, realizándose tal vez en este mismo el sabio plan de la Divina Providencia, que demostró así a los hombres el valor de la verdad con el contraste del error, por una parte; y lo escasas que son nuestras luces naturales, sin el auxilio de la revelación, por otra.

Apóstoles de la verdad fueron los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; más determinada su misión por las especiales circunstancias de su tiempo, concretándose de ordinario a ciertas materias, según la necesidad presente de combatir alguna herejía, esclareciendo algún punto de dogma o de moral, lo demandaba.

No faltan seguramente entre ellos algunos, bastantes, de cuyas plumas salieron preciosas disertaciones sobre casi todos los ramos del saber humano; más dedicados con frecuencia a pulverizar el error o errores de su época, escribieron sobre lo demás con menos extensión, no con tanto interés, y como por incidencia. Sus producciones no obedecen a un plan general, ni tienen por esto mismo mutuo enlace ni conexión.

Reservada estaba al Doctor Angélico esta gloria.

Llamado a ser el Apóstol de la verdad de una especial manera, debía brotar esta de su pluma en todos sus órdenes y manifestaciones.

Y así sucedió en efecto.

Y a la manera que los rayos de luz se reúnen en el foco, juntáronse en la vasta y poderosa inteligencia de Tomás toda suerte de verdades.

Lo mismo las reveladas, que las naturales, así las del orden teórico como las del orden práctico; ora fuesen del dominio de las ciencias, ora lo fuesen del arte y de la literatura, todas tuvieron lugar en su mente, y a todas alcanzó su perspicaz y sublime mirada, y sobre todas escribió su docta pluma, dándoles a todas admirable orden y claridad⁸.

Y es que Tomás, con decidido empeño, puso los medios para adquirir la sabiduría.

Al rayar la aurora de su existencia, «entregó su corazón a la vigilancia, y abrió su boca en la oración; y por eso plugo al Señor llenarle del espíritu de su inteligencia».

«Confesó al Señor en la oración»; y el resultado fue «derramar a manera de torrente las palabras de su sabiduría»⁹.

Humilde hasta el punto de «no sentir los estímulos de la pestífera soberbia»¹⁰, a pesar de sus engrandecimientos y de sus glorias, y temeroso de Dios además, mereció que este Señor le mirase con predilección y le comunicase el conocimiento de la verdad en todos sus órdenes.

Dios fue para él durante toda su vida y en medio de todas las situaciones de ella el objeto preferente de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón. ¿Qué había de suceder, sino saciarse de la verdad su espíritu?

Sin poder aún hacer uso de su razón por defecto de la edad, comprendió ya, como instinto, el hijo de los Condes de Aquino la sublime misión para que les destinara la Providencia. ¿Qué otra cosa nos indica la deglución de aquel billete, en que se hallaba escrito el Santísimo y Dulcísimo nombre de María, de que nos dan cuenta los escritores de su vida?

Y aquella ansia con que preguntaba a los virtuosos y sabios hijos de San Benito, sus maestros en Monte Casino, quien era Dios, ese ser cuya grandeza tenía asombrada su inteligencia y cuya bondad ocupaba su corazón ¿no es una prueba manifiesta de su futuro destino?

Un alma de este temple, de tan elevada y tan noble voluntad no debía ser ocupada por las grandezas de este mundo; y nada tenían que ver con ellas los más esclarecidos blasones, ni el poder ni las riquezas.

⁸ Plus quam doctores caetari purgans dogma gentilium.— Himmo de maytines.

⁹ Ecclesiastici: 39.

¹⁰ Pestifirae superbiae nunquam persensit stimulum.— La Iglesia en su oficio.

Las glorias mundanas no podían formar eco en sujeto de tan extraordinarias condiciones.

Por eso el retiro y la soledad del claustro hacían ya sus delicias en la edad de las distracciones y entretenimientos pueriles.

Nuevo Samuel, pasa los días de su más tierna infancia junto al tabernáculo sagrado bajo la dirección de los Sacerdotes del Señor, en el Monasterio del Monte Casino.

Y cuando la voluntad de sus padres de un lado, y los adelantos en las letras de otro, demandaban su salida de aquel sagrado recinto, y su residencia en Nápoles, la ciudad de las bellezas y de los encantos, lo hace con repugnancia y profundo sentimiento.

Consultada su voluntad, hubiera «escogido vivir olvidado y humilde en la casa del Señor, antes que morar en los tabernáculos de los pecadores»¹¹.

Pero mediaba el deber, y el deber fue siempre la regla suprema de todas las acciones de Tomás.

Lo querían sus padres y así se lo mandaban, y él no pensó más que en obedecerles.

En verdad que si en el terreno de los hechos ha sido confirmada la sentencia del Espíritu Santo, de que «el varón obediente hablará victorias»¹², lo fue en el que acabamos de mencionar.

¿Pensáis que la disoluta Nápoles con todas sus liviandades y torpezas pudo corromper el espíritu de Tomás, ni extraviar sus ideas, ni pervertir sus sentimientos?

Allí en medio de sus halagos seductores, como los niños en medio del fuego de Babilonia, conservó ilesa su inocencia.

Enamorado fiel de la verdad, solo se ocupaba de enriquecer con ella su entendimiento y llenar su corazón, haciéndola el alma de sus pensamientos y de sus obras.

Por eso no conocía otras ocupaciones que las del estudio y la oración, ni andaba por otros caminos que los del aula y del templo.

Notable coincidencia: el esposo más amante de la verdad, es llamado de lo alto al Orden de la verdad, título dado por uno de los Vicarios de Jesucristo al Orden de Predicadores¹³.

¹¹ Psal 83.

¹² Prov. 21, 28.

¹³ Juan XXII.

Prepárate ¡oh joven Tomás! Prepárate para la batalla: para la batalla ruda, cruel y tenaz, ¿de quién piensas? ¿Acaso de tus licenciosos condiscípulos, que irritados por la represión tácita de la loable determinación, tratan de vengarse poniendo obstáculos en tu camino? Acaso de los enemigos natos de las órdenes religiosas, que descubriendo en lontananza la derrota vergonzosa que en ellos has de causar algún día con tu sabia y erudita defensa del estado religioso y de sus derechos, se obstinan en impedir la? Acaso... ¡admírate, noble joven! Admírate y redobla tus fuerzas, porque el ataque es tanto más recio y peligroso, cuanto menos sospechoso son los que te le presentan. ¡Tu misma madre y tus mismos hermanos, personas todas de sanas ideas y piadosos sentimientos, son los enemigos contra quienes vas a luchar!

No, no son de fuera tus enemigos en esta ocasión; son tus domésticos.

No importa que huyas a Roma para ponerte en seguro, fuera de los alcances de su activa y tenaz persecución, porque allí te seguirán tus deudos y te asediarán con importunidad los ruegos y las amenazas, la ternura y la severidad, las lágrimas y la sequedad de una madre que, amándote con delirio, no se detiene en considerar lo irracional de su proceder, atenta solamente a distraerte de tu santo propósito, para disfrutar de tu compañía y compartir contigo el dichoso porvenir que tu nobleza y personales prendas te prometen.

Pero en vano. La firmeza de voluntad con que plugo a Dios escudar a Tomás, le hizo triunfar de todos estos asaltos.

Más ¡ay! la carne y la sangre no ceden en sus injustificables exigencias cuando se hallan vivamente impresionadas, y tórnanse en crueldad sus halagos cuando estos no bastan a saciarlas.

Y llegando a tocarse los extremos, el amor mundano se transforma en odio implacable, y vienen a ser crueles las afecciones que poco antes eran tiernas y dulces.

La familia de Tomás apela a la fuerza bruta, al ver frustrados sus reprehensibles intentos en el plácido y suave terreno en que primero los ensayaron, y el joven novicio del Orden de Predicadores vese de repente sometido a la dura prueba de un penoso encarcelamiento en el castillo de Rosaseca; trocándose por desventura suya el quieto y agradable encerramiento del claustro en la triste y repugnante reclusión de una fortaleza.

No repetiremos lo que generalmente es sabido, contando el peligroso trance en que fue allí puesta su castidad.

Tampoco recordaremos el glorioso triunfo, que tuvo a bien otorgarle el Dios de las virtudes, enviándole sus ángeles para que le ciñesen aquel misterioso cingulo para escudo perpetuo contra los ataques a su angelical pureza dirigidos; porque demandan nuestra atención y nuestra palabra los rápidos progresos, que restituido a la postre al seno de la religión por él abrazada, hacía el joven alumno en los caminos de la sabiduría y de la santidad.

Bajo la dirección de sus entendidos maestros, estudiaba, y oraba con asiduidad y constancia; y comprendía cuanto estudiaba, y ejecutaba con fidelidad y exactitud cuanto al espíritu de Dios le inspiraba en la oración.

Por eso llamaban la atención de todos los que le trataban su extraordinaria virtud y su raro saber, realizado todo con notable y ejemplar modestia.

El que estaba llamado para asombrar al mundo con los «mugidos de su doctrina»¹⁴, dio ocasión con su laudable silencio, para que sus condiscípulos le distinguiesen con el apodo de «buey mudo de Sicilia».

Ni tuvo reparo el que penetrado enteramente de cuanto leía en los libros y escuchaba de la boca de sus maestros, podía con destreza enseñar a sus compañeros, en admitir la harto atrevida oferta que alguno de ellos le hiciera de repetirle las lecciones.

Pero no es posible que permanezca por mucho tiempo desconocido el verdadero mérito.

Y por más que el humilde discípulo del grande Alberto cuidaba de ocultar sus dotes y su ciencia, acaso este mismo empeño contribuía a patentizar ambas cosas.

Así es que no consiguió que las luces espontáneamente reflejadas de su poderosa inteligencia y reveladas en sus palabras, al dilucidar alguna cuestión en sus ejercicios literarios, no llamasen la atención de sus maestros y condiscípulos.

Tal fue la alborada de su existencia en el mundo de las letras.

Y si tan luminoso se ostenta el «lucero de la mañana»¹⁵, disipando las tinieblas del error y de la ignorancia, ¿qué será cuando se haya transformado en sol resplandeciente?

Elevándose poco a poco, pero con majestuosa y segura marcha sobre el horizonte de su siglo, va esparciendo los rayos de su luz en las cátedras de la universidad parisiense.

¹⁴ Expresión con que Alberto Magno pronosticó lo que en el mundo literario había de descollar con el tiempo, el entonces uno de sus discípulos; reprendiendo a los demás por el menosprecio en que le tenían por su corta capacidad, al parecer.

¹⁵ Quasi stella matutina in medio nebulae. Eccli. 50, 6.

Y el brillo de su doctrina atrae hacia él las miradas de cuantos cultivan el saber humano.

De entonces más fue saludado por todos como un nuevo astro en las regiones de la ciencia.

El sol había llegado ya a su meridiano y se hallaba en la plenitud de su esplendor ¿qué había de suceder sino que hiciese participante al mundo de la abundancia de su luz?

Por doquier se dejan sentir sus rayos luminosos; y en todas las esferas del saber humano, en todos los órdenes de la verdad, derrama copiosa luz, luz llena de brillo, que, penetrando hasta los más recónditos escondrijos, pone de manifiesto la verdad, «aclarando lo oscuro»¹⁶, y «disipando la tinieblas del error»¹⁷.

A dos puntos capitales se dirigía su misión, porque ellos dos eran los que principalmente se la demandaban. Debía trazar de una manera fija y segura el curso de la razón en el desenvolvimiento de los principios, señalando sus extravíos y sus sofisticas ilusiones.

Y además debía armonizarla con la revelación y hacerla servir a ella como esclava a su señora.

Siempre fue necesario este trabajo en los defensores del Catolicismo, porque siempre ha tenido este enemigo en ambos terrenos, pero nunca como en la época de Tomás.

Por un lado las doctrinas filosóficas de los autores paganos, entre los cuales figuraba en primera línea Aristóteles, ocupaba con harto interés la inteligencia y el afán de discurrir, para hallar en ellos, principalmente en el último, razones para las verdades católicas, había torcido la dirección del discurso y extraviándole en demasía, teniéndose por legítimas deducciones que distaban mucho de serlo.

Aquello producía errores; esto engendraba sofismas. Y era una necesidad deshacerlos ambos, restituyendo a la verdad sus fueros y sus propias y naturales condiciones a la razón.

Empresa vasta y difícil; pero empresa que llevó a cabo con felicidad el Angélico Maestro; consistiendo en esto su principal mérito y el carácter distinto que le separa y hace descollar sobre todos los demás Doctores católicos.

Multiplicidad de elementos; unidad rigurosa de plan: he aquí lo que son sus obras.

¹⁶ *Obscura facit cognita.*— La Iglesia en su oficio.

¹⁷ *Errorum pulso nubilo.*— Idem id.

Todo está en ellas ordenado: y siendo tan diversas las materias sobre que tratan, hállanse no obstante mutuamente unidas con trabazón no menos exacta que delicada. El Ángel de las escuelas con su elevada y sintética mirada descubrió cual ninguno las relaciones que existen entre las partes todas que componen el admirable conjunto de las ciencias, y con frase no menos sucinta que agradable y clara, acertó a expresarlas en sus escritos¹⁸.

El campo inmenso de la historia en todos sus géneros; la muchedumbre de ideas que ofrecen el orden sobrenatural y el de la naturaleza; cuanto Dios ha obrado, en una palabra, en sus criaturas en el tiempo y para la eternidad, todo lo abarcó su vasta y sublime inteligencia.

Todo lo penetró, hasta donde es posible al entendimiento criado, su mirada de águila.

La gracia y la naturaleza le descubrieron sus más profundos arcanos, y al poderoso escribir de su pluma tomaron forma sensible y permanente multitud de verdades pertenecientes a entrambos órdenes.

Colocado a tanta altura domina todos los tiempos, que a su poderosa intuición le rinden todo el caudal de verdades y de errores, que en su dilatada carrera han acarreado, sujetándolo todo a su exquisito y elevado criterio y a su acertadísimo fallo¹⁹.

Porque las doctrinas del Doctor Angélico no son de un día ni de una época; son para todos los tiempos.

El pasado, al sufrir su escrupuloso y delicado examen, como que se renueva, y con ventaja, en sus enseñanzas.

El presente recibe de lleno el torrente de luz que derrama sobre todas las manifestaciones de la verdad. Y el porvenir se dispone a ser exclusivamente suyo en muchas de las ciencias, pertenecerle también de algún modo aún en aquellas que por no serle tan propias, no fueron por él cultivadas con tanto esmero.

Verdadero sol en las regiones de la verdad por la eminencia de su inteligencia y de su saber, giran en derredor suyo cuantos por su talento y por su ciencia merecen el dictado de astros en esas mismas regiones.

Y al girar en derredor suyo, todos quedan bañados de su esplendorosa luz.

Los expositores sagrados en sus oportunos «Comentarios sobre las epístolas de San Pablo, sobre los Salmos» y algunos de los Profetas y en su admirable «Catena aurea»,

¹⁸ *Stilus brevis, grata facundia; firma celsa, clara sententia.*— La Iglesia en su oficio, ya citado.

¹⁹ *In omni fere disciplinarum genere, singulari ordine, ac mira perspicuitate, sine ullo prorsus errore, conscripsit.*— Clemente VIII, en su carta a los ciudadanos de Nápoles.

Los Padres y Doctores en su exposición sobre los «cuatro libros de las Sentencias» y su incomparable «Suma teológica», los apologistas en su «Suma contra los gentiles», los filósofos en sus disertaciones sobre las obras de Aristóteles.

Y para que nada faltase a este raro ingenio, verdadero prodigio del saber humano, tomole santa y sublime inspiración durante su vida y en el lecho de la muerte.

Y postrado ante el divino tabernáculo, elevado en alas de su amor ferventísimo al Augusto Sacramento del altar, y absorto ante tanta majestad y grandeza y abismado en el piélago de tantas finezas y misericordias como allí se encierran, arrebatada a los Profetas de Israel sus armoniosas notas, y revistiendo con ellas sus grandes pensamientos sobre el misterio de nuestros altares, canta con voz llena de unción y dulcedumbre los grandes arcanos que atesora, en este hermosísimo oficio del Corpus, cuyos conceptos arrebatan nuestra mente, y cuyas armonías llenan de placer y júbilo celestial nuestro corazón.

Y cuando próximo a unirse con su celestial Esposo yace en el lecho de la muerte en el monasterio de Fosanova, entona con voz robusta y sonora las inefables ternuras, con que favorece el Señor a las almas que son fieles a su amor, exponiendo, a petición de aquellos piadosos monjes, el «Cantar de los Cantares».

¡Oh! ¡y cómo brotaron a torrentes de aquel pecho abrasado en el amor del celestial Esposo, los dulcísimos afectos de su alma embriagada con las ternuras inefables que en tan supremo trance la inundaban!

Tal fue la muerte de este místico cisne, cuyos pensamientos, cuyos afectos, cuya voz empleados durante toda su vida en el ministerio de la verdad, lejos de aminorarse con la debilidad de un moribundo cuerpo que se disolvía, adquirieron por el contrario nueva robustez al aproximarse a la unión de su alma con Jesucristo, Verbo encarnado, expresión inefable de la verdad infinita.

Desapareció la persona del sabio y del Santo para este mundo; ¿desapareció igualmente su misión?

No, por fortuna nuestra.

Ahí están sus obras llenas de celestial doctrina y sabiduría profunda.

Ahí está, prescindiendo de las demás, esa obra sin igual en lo meramente humano, y solo inferior a la que Dios ha dictado²⁰; ahí está ese admirable mecanismo científico en el que concurren la Teología y la

²⁰ «La Suma de Santo Tomás es la obra más grande que ha salido del hombre».— Raulica.

Exégesis, la Filosofía y la Historia, las artes y la Literatura para rendir pleito homenaje a los sagrados dogmas de la fe.

En ese y por ese libro sin igual entre los engendrados por el humano entendimiento, continúa y continuará mientras existan los siglos, la especial misión del Ángel de las escuelas sobre la verdad.

Que no en vano le asistió el Espíritu de verdad para escribirle. Ni le han consagrado en vano los concilios, colocándose como el de Trento, al lado de la Sagrada Escritura; los Santos Padres, al decir con Juan XXII, que contiene tantos milagros como artículos; que están libres de todo error sus múltiples producciones; y las Universidades más célebres al adoptarla como principal fuente de sus enseñanzas.

Y para que nada faltase al apostolado de Tomás, confirmó y vivificó sus doctrinas con el ejemplo de su santa vida.

Porque el que enseñó en las cátedras y escribió en los libros, obró obedeciendo a sus padres y maestros cuando niño, conservando su inocencia por medio de la oración y la fuga de las ocasiones; observando con exactitud las reglas de su instituto cuando religioso; y dirigiendo al cielo las almas en el púlpito y en el confesonario, cuando sacerdote.

Por lo que con razón merece que se le aplique el dictado de «grande en el Reino de los cielos». *Qui fecerit et docuerint hic magnus vocabitur in Regno caelorum*²¹.

Aprovechémonos de su apostolado.

Escuchemos con docilidad sus enseñanzas, que ellas nos librarán de ese devastador torrente de errores y de sofismas que inundan todas las esferas del saber humano y llevan la sociedad, habiéndola removido de cuajo, a su disolución y a su ruina.

Nunca como ahora ha sido necesario acogerse a la purísima doctrina del Ángel de las Escuelas, *quoniam dies mali sunt*²².

Nunca como ahora se ha dejado sentir la necesidad del *apostolado de la verdad*, que tan eminentemente ejerció Sto. Tomás durante su vida con sus palabras y sus escritos, y después acá mediante los últimos.

²¹ Math. 5.

²² Ephes. 5.